

DESAFÍOS DE LA EDUCACIÓN SUPERIOR EN EL NUEVO MILENIO

Fernando Aranda Fraga
Universidad Adventista del Plata, Argentina

Obra reseñada:

Hirsch, W. Z. y Weber, L. E. (Eds.). (1999). *Challenges facing higher education at the millennium*. Phoenix, Arizona: The American Council on Education/The Oryx Press.

Peter Drucker, calificado por la conocida revista norteamericana sobre negocios y finanzas *Business Week* como “el más perdurable de los pensadores sobre administración en nuestro tiempo”, famoso en el mundo entero por sus proféticos libros que analizan la política, la economía y la sociedad y en los cuales abarca los últimos cincuenta años de nuestra historia, escribe en una de sus últimas obras (*La sociedad postcapitalista*, 1993) una frase crucial dentro de su concepción filosófica de la administración y la economía que bien pudo haber orientado a los expertos de la obra que nos disponemos a comentar. El pensador vienés afirma: “Que el conocimiento se haya convertido en *el* recurso más bien que en *un* recurso, es lo que hace a nuestra sociedad postcapitalista. Eso cambia fundamentalmente la estructura de la sociedad. Crea una nueva dinámica social. Crea una nueva dinámica económica. Crea una nueva política”.

Al margen de las diferencias —o divergencias— ideológicas que podamos tener o no con este genio del siglo XX de la administración, no podemos dejar de reconocer lo atinada de su visión acerca de la relevancia que han adquirido el conocimiento y la información en la sociedad actual, una sociedad que sin

fronteras geográficas, ha llegado, precisamente, a denominarse como “la sociedad de la información”. Igualmente podemos concluir cuando pretendemos definir la característica de nuestro tiempo, la época en que nos ha tocado en suerte vivir. Para bien o para mal hemos consensuado en denominar al *chronos* que nos rige como “la era de la información”, sin perjuicio de que este calificativo deje de contener en sí su vocablo complementario o, quizás, mejor dicho, instrumental: la “tecnología”. A nadie escapa, ya, a esta altura de los tiempos, ni tan siquiera al hombre menos ilustrado, que vivimos en una sociedad del conocimiento o en una sociedad tecnológica. En definitiva, llamar a nuestra época como “era de la información” o “era de la tecnología” viene a ser casi lo mismo. Lo cierto es que ninguna existe, hoy día, sin la otra, y el desarrollo de la historia, hoy por hoy, se basa en la interdependencia que mantienen entre sí ambos conceptos.

Precisamente la obra de Hirsch y Weber hace su aparición en esta plena época del conocimiento y justo cuando la bisagra que se produce con el cambio de milenio inicia su mecánico e inexorable recorrido. *Challenges Facing Higher Education at the Millennium* es un pro-

ducto del Consejo Americano de Educación [American Council on Education], organismo que encargó a los autores mencionados la edición de las conferencias presentadas en el Glion Colloquium, en mayo de 1998, evento mundial que reunió a un pequeño grupo de expertos en educación, conformado por administradores de universidades de Europa y Estados Unidos, con el propósito de identificar cuáles son los desafíos más significativos a los cuales debe enfrentarse la educación superior actual, a fin de proponer estrategias para un adecuado abordaje de los mismos. Se trata de una obra de sumo interés para todo aquel que se interese por la educación universitaria del futuro. Intenta despejar, a lo largo de sus casi 200 páginas, el camino en cuanto a cuestiones tales como, por ejemplo, qué problemas deben resolverse en materia educativa para el próximo milenio o cómo se planifica el futuro de la educación universitaria para un plazo mediato.

Este coloquio realizado en Suiza desarrolló y debatió diecisiete subtemas específicos, presentados por igual cantidad de expertos, entre ellos ambos editores, cada uno desde su óptica particular, todos poseedores de un frondoso currículum vitae. Entre quienes contribuyeron al desarrollo de tan importante tópico, se cuentan rectores, ex rectores, presidentes y ex presidentes de universidades norteamericanas y de Europa Occidental, tales como Florencia, Michigan, Utah, Utrecht, de las Naciones Unidas, UCLA, Berkeley, Illinois, del Estado de Pennsylvania, Southampton, Cornell, Toronto, Stuttgart, etc. La mayoría de estos prominentes académicos también fueron responsables de la dirección de organismos de renombre mundial: American Council on Education, International Association of Universities,

National Science Board, Millennium Project, National Commission on Excellence in Education, Association of American Universities, National Academy of Sciences, Federal Institute of Technology, Asia Foundation, Chevron Corporation, entre otros. Cada uno de los temas presentados en dicho coloquio se refiere al título que lleva la obra, cuyo tema podría resumirse en cuáles son los principales problemas académicos que deberán enfrentar las universidades de Estados Unidos y Europa. El contenido está constituido por una serie de ensayos sobre los cambios que las universidades deberán implementar si es que quieren progresar —e incluso sobrevivir— en el siglo venidero. Diferentes autores formulan orientaciones que procuran iluminar a directivos y demás responsables de este nivel educativo, para enfrentar tales desafíos.

La obra provee una discusión detallada *intra* comunidad académica y diseña los pasos que se deben seguir en la búsqueda de soluciones que permitan liderar una institución dedicada a la educación superior durante el próximo milenio. Se tratan aquí asuntos puntuales como los siguientes: (a) el tipo de educación que será capaz de absorber y reflejar la diversidad de estudiantes en el próximo milenio; (b) los altos niveles de cooperación entre las diversas disciplinas; (c) el uso creativo y efectivo de la tecnología de avanzada; (d) la búsqueda de los mejores métodos para financiar la educación superior; y (e) las maneras más eficientes e innovadoras de proveer educación a los estudiantes y un servicio público a las comunidades locales.

El libro se divide en cuatro partes y un apéndice. La primera, titulada “Misión y valores”, integra tres capítulos, en el primero de los cuales uno de los coeditores sintetiza el panorama de los

DESAFÍOS DE LA EDUCACIÓN SUPERIOR

principales desafíos que ha de afrontar la educación en el milenio entrante. El segundo analiza cuál es el rol que ha de jugar la universidad ante los desafíos que se producirán durante el nuevo milenio. El tercero pasa revista a la tarea a la que deberán abocarse las instituciones de educación superior en la llamada “nueva Europa”.

La segunda parte lleva como título “El efecto del cambio ambiental sobre la educación superior” y también está compuesta por tres capítulos, a saber: (a) el cuarto, titulado “La universidad del siglo XXI: un relato de dos futuros”; (b) el quinto, donde se intenta definir cómo será la universidad en la era de la información y (c) el sexto, en el cual el autor aborda el tema de los modelos de desarrollo, describe cómo es la economía de la educación superior en los Estados Unidos y puntualiza qué es lo que otros países en desarrollo pueden aprender de ésta, para que sus respectivos sistemas educativos sean capaces de responder a las demandas de la sociedad en un mundo tan cambiante como el actual, signado por los valores requeridos por la aldea global. Estos valores, obviamente, se asientan en una economía de mercado, una libre concurrencia económica, una política globalizante, un desarrollo sustentado en la sofisticación tecnológica, todo ello en función del logro de la mayor productividad institucional, cuya base está dada por la utilización más eficiente de los recursos humanos dedicados a impartir enseñanza. Quizás el mayor aporte de este ensayo esté dado por el conjunto de datos estadísticos, comparativos por décadas, acerca de los incrementos en las tarifas que pagan los estudiantes, según pertenezcan a universidades públicas o privadas, como así también las diferencias entre costos e índices porcentuales acerca del incre-

mento del personal administrativo según el número de alumnos por institución educativa y demás datos, muy útiles a la hora de querer establecer parámetros históricos comparativos que permitan proyectar el futuro.

La tercera parte de la obra trata acerca de las estrategias para afrontar los desafíos. Ocho especialistas, entre ellos uno de los coeditores, Werner Z. Hirsch, dedican sus ensayos a temas tales como el financiamiento de las universidades mediante fuentes no tradicionales y cómo hallarlas; la importancia económica que adquiere hoy la conformación de redes y de alianzas estratégicas con el sector privado; el potencial investigativo que toda universidad que se precie como tal posee, como un área de crecimiento y desarrollo estimulante; los nuevos roles e instrumentos de la labor de investigación que pasa a cumplir en la actualidad una universidad; la cooperación entre Estado, industria y universidad, donde se expone la experiencia vivida por la International University de Alemania; el gobierno de las universidades; los desafíos de la era de la información para las bibliotecas que están al servicio de la investigación, donde se presenta un caso de crisis que ocurrió en el sistema bibliotecario de la Universidad de California. Cierra esta parte un ensayo de actualidad, cuyo título es muy sugestivo: “El aprendizaje en la universidad a través de toda la vida: ¿un nuevo imperativo?”

Finalmente, la cuarta parte agrupa tres ensayos bajo el título de “La universidad del futuro”. El primero discurre acerca de la perspectiva europea de la educación superior en el siglo XXI. A éste le sigue una exposición sobre cómo deberían afrontarse los desafíos del futuro por parte de la educación superior en los Estados Unidos. Una de las frases introductorias a este ensayo nos resulta

muy clarificadora acerca del sentido que se le quiere imprimir a la obra total, al mismo tiempo que realista y descriptiva en cuanto al diagnóstico de nuestra época. Dice Chang-Lin Tien: “Las más grandes fuerzas sociales de cambio y de tendencias sociales están transformando las instituciones políticas, sociales y educativas. Las universidades —tradicionalmente han sido las instituciones más conservadoras en términos de cambio y dinámica institucional— deberán tomar conciencia de las tendencias actuales y prepararse para responder constructiva y creativamente a estas fuerzas impulsoras del cambio” (p. 161). Luego el autor continúa describiendo cuáles son los más poderosos agentes de cambio en el mundo moderno y el impacto producido en la educación superior estadounidense, específicamente en las universidades orientadas prioritariamente hacia la investigación. Creo que aquí cabe detenerse un poco, especialmente quienes entendemos o creemos que ésta —la investigación— es la principal razón de ser de una institución universitaria.

El autor explica por qué las universidades que se dedican primordialmente a la investigación están más implicadas en relación al impacto educacional del cambio. Por ejemplo, demuestra que los estudiantes que actualmente se inscriben en este tipo de universidades —pone a Berkeley como ejemplo— son más competentes, diversos y pragmáticos que otros. Señala, por ejemplo, que a Berkeley acude una multitud enorme de grupos étnicos y que ninguno alcanza a ser mayoritario, lo cual ha producido a través de los años un *background* cultural, económico y geográfico de una riqueza enorme, que le brinda a la vida universitaria diversidad de opiniones y amplitud de pensamiento, fundamentales en toda universidad: “Si las universidades no

están educando y preparando para educar a mayor cantidad de grupos diversos de líderes y trabajadores, ellos y la sociedad habrán de enfrentarse a tremendos problemas en el futuro” (p. 164). Otro de los motivos sobre los cuales fundamenta la mayor implicación que tienen frente al cambio las universidades dedicadas a la investigación radica en la personalidad de los profesores, quienes a su juicio están más preparados y abiertos a los cambios. Los califica como más emprendedores, de mayor reputación académica y facilidad para emprender tareas en conjunto, asociándose con personas dedicadas a otro tipo de actividades, pero mancomunadas en un mismo propósito, como por ejemplo grupos de industriales que se interesen en su labor investigativa. Finalmente, y dejando de lado otros tantos argumentos, termina diciendo que el público y el alumnado en general se encuentra en este tipo de instituciones mucho más activamente involucrado en la vida institucional, máxime cuando perciben que su opinión es escuchada y convalidada, todo lo cual lleva a que se produzca un desarrollo institucional altamente positivo.

El último capítulo de la parte final de la obra versa sobre “la nueva universidad” y es el más especulativo de los ensayos, puesto que se dedica a proyectar el futuro de la universidad en el nuevo rol que debe jugar desde ahora en adelante: una constante búsqueda en el logro de la mayor optimización posible de la creación, distribución y utilización del conocimiento. Si la sociedad del futuro alcanza eficientemente tales metas, entonces ello se deberá a que las universidades han podido cumplir con este nuevo cometido que se les ha encomendado, un rol que para entonces habrá llegado a ser crucial. A continuación, el autor enuncia una serie de características que

DESAFÍOS DE LA EDUCACIÓN SUPERIOR

deberá poseer la nueva universidad, aclarando que sólo ha de referirse a las características que él percibe deben tener las universidades en Estados Unidos, debido a la simple razón de que se trata de las instituciones que él mejor conoce. Algunas de estas características que ha de asumir la universidad del futuro son las siguientes: (a) institucionalmente autónoma, con libertad e independencia académica, aunque con un gobierno fuerte, imparcial, público y decisivo, y con un liderazgo presidencial altamente comprometido; (b) con un incremento del patrocinio privado, como así también de la responsabilidad pública y de la participación social, (c) con un campus universitario establecido y regionalmente arraigado, pero orientado internacionalmente, aspecto que tiene que ver con el tema de la educación virtual y a distancia; (d) con independencia académica, pero desarrollándose en compañía de otras instituciones, mediante alianzas o convenios con comunidades, agencias nacionales, estatales o locales, corporaciones, fundaciones, hospitales, asociaciones profesionales, otras universidades, colegios, escuelas, laboratorios federales de investigación, etc., todo lo cual habrá de enriquecer y extender su tarea educativa, además de brindar un sólido soporte a sus servicios; (e) basada en el conocimiento, pero centrada en el estudiante; dirigida por la investigación, pero focalizada en el aprendizaje, porque ya no estará ocupada en una mera transmisión de conocimientos preexistentes, sino en la creatividad que produce nuevos resultados y la indagación responsable que conduce a nuevos conocimientos y descubrimientos; (f) tecnológicamente sofisticada, pero dependiente de la comunidad a la que pertenece, entendiendo que la sofisticación brindada por la innovación tecnológica será lo que le per-

mitirá reforzar y complementar lo que ya ha pasado a ser obsoleto en esa comunidad; (g) obsesionada por la calidad, pero lograda mediante procedimientos eficientes; y (h) armónicamente profesionalizada, pero humanamente conformada. El autor comenta aquí el incremento experimentado en el profesionalismo, como así también el poder que ha adquirido la ciencia, especialmente las ciencias duras. Esto produjo un declinar de las artes liberales, por un lado, y por otro, una cuantificación excesiva de las ciencias sociales, lo cual ha transformado en irrelevantes ciertas cuestiones sociales y políticas públicas. El autor reclama, enfáticamente, *una educación universitaria capaz de formar ciudadanos libres y responsables*, que pueda reinventar las artes liberales, siendo capaz de integrar esta cultura de la imagen que nos domina, utilizando de manera creativa imágenes, textos, sonidos e incluso la tecnología, a fin de crear nuevas formas de expresión y nuevos niveles de literatura. Esto permitirá enriquecer la expresión cultural y literaria, lo cual se ha tornado ya imposible para las tradicionales artes liberales.

Frank Rhodes concluye este último capítulo del libro con una reflexión positiva acerca de los desafíos que propone para la “universidad del futuro”. Comienza comparando este tipo de cambios con los producidos hacia fines del siglo pasado, cuando las necesidades de la época llevaron a que varios de los tradicionales colegios norteamericanos se transformaran en las actuales universidades, mundialmente reconocidas por la calidad y el volumen de investigación que producen. Si bien no las menciona, es casi obvio que cuando se refiere a ellas está mentando cómo se han transformado y llegado a ser lo que hoy son las llamadas “Top Ten” e inclusive las

muy reconocidas “Top Hundred Universities” norteamericanas (Harvard, Princeton, Stanford, Yale, UCLA, MIT, John Hopkins, Cornell, Rice, Houston, New York, entre otras). Una confluencia de cuatro factores toman parte en tamaña transformación: se trata de combinar (a) el modelo actual con (b) las conexiones externas, (c) brindar un servicio público y ético hacia la zona de influencia de la institución y finalmente (d) trabajar en forma mancomunada junto a corporaciones multinacionales beneficiándose mutuamente. “Cuán creativamente serán capaces de resolver las tensiones del mundo actual nuestras universidades, dependerá básicamente de la fortaleza de los valores fundamentales en que se sustentan y de su buena voluntad para adaptarse a los cambios y necesidades actuales” (p. 173). Continúa el autor el hilo de su razonamiento acerca del tema “cambio y valores” y agrega que si bien la adaptación implica cambios en las universidades, éstas no han de cambiar porque son débiles, sino gracias a su fortaleza; las universidades americanas no están declinando, ni tampoco se encuentran “en problemas”, puesto que si bien existen presiones financieras sobre ellas, a pesar de todo, “las universidades están funcionando bien”. Cambiar por cambiar no brinda beneficio alguno, pero su fortaleza dependerá de su capacidad para implementar cambios en forma responsable y eficiente.

Sobre el final de la conclusión a su ensayo el autor enfatiza que “en esta época de límites y restricciones, de cinismo y desconfianza, las universidades deben reafirmar las posibilidades más elevadas que representa una educación comprensiva e ilustrada. En una era de familias deshechas, congregaciones religiosas que decrecen, comunidades decadentes, nuestra nación necesita desespe-

radamente un nuevo modelo de sociedad —inteligente, pero compasivo, crítico, pero comprensivo y comprometido, escéptico, pero afirmativo— que sea capaz de responder a los clamores y necesidades de nuestra sociedad fragmentada y responder a las más nobles y acalladas aspiraciones de nuestra más profunda intimidad” (p. 174). Todo esto —continúa el autor— no significa pretender que las universidades tengan el monopolio de las soluciones para la humanidad, puesto que estas instituciones han sido y son creaciones humanas y, por tanto, imperfectas. Pero a pesar de todas sus imperfecciones, las universidades asumen un papel crucial en la dirección de nuestro futuro. Es un hecho indiscutible que éstas son las encargadas, por naturaleza, de proveer a la sociedad generaciones enteras de líderes, que son educados, influenciados y modelados por la cultura del campus de donde cada uno proviene. “Esta comunidad emergente —analítica y afirmativa, crítica y creativa, comprensiva e indagadora, comprometida y capacitada— ha de ser la Nueva Universidad Americana” (p. 174).

Finalmente, la obra culmina con un apéndice, que contiene la denominada “Declaración de Glion”, con el subtítulo “La universidad ante el milenio”. Una nota al pie aclara que el autor del último capítulo, Frank Rhodes, fue quien dio expresión escrita a la síntesis del debate final del cual participaron los asistentes al coloquio: un grupo de diez europeos occidentales y otro de diez estadounidenses, todos ellos, como señalamos al principio, expertos en educación superior.

La declaración comienza con la afirmación de que, a pesar de ciertas contradicciones observadas en el mundo entero en cuanto a los revolucionarios avances de la biomedicina, las comunicaciones, la información tecnológica, la automati-

DESAFÍOS DE LA EDUCACIÓN SUPERIOR

zación y la globalización, por una parte, y por otra, la existencia del terrorismo, la fragmentación balcánica, el sectarismo, las diferencias en cuanto a desigualdades que hay entre norte y sur; y a pesar de que el balance de la supuesta promesa de progreso mundial no resulta claro, lo único que sí es evidente es el papel relevante que está jugando el *conocimiento*. Éste no es un bien que está libre, ni tampoco fluye de una fuente natural, sino que exige un descubrimiento personal, una creación individual. “Sólo está disponible para mentes preparadas y requiere de una reflexión y búsqueda personal, un descubrimiento individual, investigación sofisticada y costosa exploración. Sólo puede ser recibido, comprendido y aplicado por individuos educados e informados” (p. 178). Descubrir, probar y aplicar el conocimiento requiere sabiduría y ésta es la única manera en que puede realmente ser utilizado.

El conocimiento es la razón de ser de la universidad, y es aquí donde ésta juega un papel crucial, pero queda claro, al mismo tiempo, que las universidades no están solas en el desempeño de su rol. Éstas forman parte de una red grandiosa y dependen del trabajo de escuelas y colegios; coparticipan en esta tarea junto a organizaciones no gubernamentales, al comercio y la industria, hospitales, centros de investigación y organizaciones internacionales. Tienen la misión de contribuir a satisfacer las necesidades de sus respectivas comunidades, regiones y naciones. Pero, por encima de todas las alianzas y dependencias, las universidades juegan hoy un rol único y fundamental, pues son quienes dirigen a los agentes del descubrimiento, son las mayores proveedoras de investigación básica y de nuevas tecnologías, son el motor del crecimiento económico, son quienes

deben custodiar y transmitir la herencia cultural, los órganos acreditadores de competencia y pericia, los agentes de transformación social. “La universidad es uno de los mayores inventos del presente milenio” y ha perdurado por más de nueve siglos como uno de los triunfos del poder de la imaginación.

La “Declaración de Glion” hace un llamado a los colegas de las universidades del mundo a que reconozcan la oportunidad y responsabilidad que tienen ante sí para con sus respectivas comunidades, regiones y el mundo en su totalidad, puntualizando lo siguiente:

1. La afirmación de que enseñar es una vocación moral, que no implica simplemente la transferencia de información técnica, sino un desarrollo balanceado de la persona total.

2. La afirmación de que la erudición es una obligación pública, puesto que se trata de una empresa cooperativa, subvencionada por fondos públicos y privados como un emprendimiento social, ya que ella permite el enriquecimiento de la comprensión humana y contribuye al bienestar.

3. La creación de alianzas intelectuales entre universidad y nuevos socios externos a ésta. Esto implicará que las disciplinas tradicionales continuarán siendo poderosos motores de erudición, pero deberán autoimponerse reglas y autolimitarse en sus amplias investigaciones. Asociarse con agencias y corporaciones externas podrá complementar y extender sus destrezas y habilidades académicas. Estas nuevas alianzas no han de reemplazar las normativas de las disciplinas tradicionales, pero serán su poderoso complemento.

4. El empleo de nuevas tecnologías en la información, permitiendo actualmente la organización de estas alianzas a una gran escala, ya sea local o global-

mente enfocadas. Esta nueva tecnología podrá proveer un grado masivo de interdisciplinariedad, experimentación y simulación. Esto llevará a transformar cada aspecto de las actividades de la universidad; pero si sus capacidades son completamente empleadas en el aprendizaje, la investigación y el servicio público, las universidades necesitarán alentar la flexibilidad, el espíritu empresarial, la experimentación y la amplitud y apertura dentro de sus estructuras organizacionales y entre la totalidad de sus miembros.

5. Proveer nuevas estructuras, un aprendizaje efectivo y un servicio público responsable. Los impedimentos financieros han de requerir el desarrollo futuro de iniciativas originales, y ello por la vía de la sustitución más bien que por la adición. Demandará nuevos métodos de obtención de fondos. Las estructuras obsoletas requerirán una modificación sustancial si es que las universidades pretenden contribuir efectivamente a cambiar desafíos y oportunidades.

6. Desarrollar nuevos modelos de gobierno, liderazgo y administración, que permitan promover un aprendizaje efectivo, erudición creativa y un servicio responsable. Las universidades han de prosperar en la medida en que sean capaces de desarrollar un efectivo y responsable modelo de distribución del gobierno. Los consejos a menudo utilizan su poder para promover intereses particulares, dilatar acciones y prevenir propuestas de reformas. Para poder ser mejor, la universidad actual es percibida como un modelo de participación efectiva en el gobierno. Las peores son aquellas que uno puede observar como arquetipos de lentitud y trabas burocráticas y de aprendizaje ineficiente. Es necesario que las instituciones clarifiquen y redefinan jurisdicciones y responsabi-

lidades. Esto podría incluso requerir una redefinición y fortalecimiento de los roles del rector, presidente, y los términos de la elección de sus cargos.

7. Aceptar la obligación de rendición de cuentas (transparencia administrativa). Todo aquello que se constituye en un sustento de la universidad debe ser de público conocimiento. Para ello la universidad debe estar abierta y apropiadamente administrada para un uso prudente de sus recursos. Tal tipo de administración exige un alto nivel en los reportes financieros (balances) y auditorías profesionales e independientes. Esto no significa acomodarse a presiones políticas, demandas populares, intereses públicos o determinadas modalidades académicas o sociales, ya sea internas o externas. La universidad deberá ser evaluada “por su rendimiento, esto es, la integridad de sus intelectuales, la calidad estándar de sus profesionales, la imparcialidad de sus decisiones y la competencia de sus graduados” (p. 182).

8. Afirmar los valores tradicionales bajo los cuales la institución fue fundada. En una sociedad de metas tan cambiantes y valores inciertos, la universidad debe ser mucho más que una acumulación de datos correctos e información confiable. Debe ser el custodio, no sólo del conocimiento, sino también de los valores sobre los cuales se basa el conocimiento; no por una mera cuestión de pericia profesional, sino por su obligación ética de sustentar dicha pericia profesional; no sólo de indagación erudita, aprendizaje disciplinado y amplitud comprensiva, sino además de los medios y mecanismos que hacen posible la indagación, el aprendizaje y la comprensión. Tanto en su vida institucional como en sus actividades profesionales, la universidad debe reafirmar que la integridad es la exigencia, la excelencia el estándar, la racional-

DESAFÍOS DE LA EDUCACIÓN SUPERIOR

lidad el instrumento, la comunidad el contexto, la civilidad la actitud.

9. “Durante 900 años del presente milenio, la universidad, como comunidad dedicada a estos valores, ha servido bien a la sociedad. Su efectividad en el nuevo milenio dependerá de la reafirmación de estos valores tradicionales, tanto como de su respuesta creativa hacia los nuevos desafíos y oportunidades que deberá enfrentar. Este es el momento para ambas: sociedad y universidad, de reafirmar el acuerdo social, sobre el cual el futuro de todos nuestros pueblos ha de depender por mucho tiempo, y para que sus líderes trabajen juntos hacia los logros de sus metas comunes” (p. 182). Con esto se cierra la denominada “Declaración de Glion”.

Finalmente, quisiera expresar un breve juicio crítico acerca de esta obra que, con los defectos que implica la labor sintetizadora, he intentado reseñar lo más objetivamente posible.

La obra tiene un valor incalculable, de eso no hay duda alguna. Quizás el mayor aporte que personalmente visualizo está dado por la capacidad de los expertos aquí reunidos para diagnosticar la realidad, vislumbrar hacia dónde marchan los acontecimientos y cuál es el sentido del mundo actual, indudablemente signado por los mandatos emanados del “Nuevo Orden Internacional”. Vienen a mi mente el recuerdo de una de las frases con que inició sus cursos un profesor en un seminario de posgrado, famoso pensador español y muy conocido por sus obras sobre filosofía política. Había expresado en aquel entonces que “querámoslo o no, vivimos en un mundo dominado por una política liberal y una economía de mercado, lo cual ya no podemos impedir; en todo caso sólo nos queda adaptarnos de la mejor manera posible, creativamente, manteniendo

incólume la jerarquía de valores que siempre ha sustentado nuestro accionar, utilizando nuestro espíritu crítico para responder de la manera más sabia y éticamente posible a una situación insoslayable con la cual tendremos que convivir”. Creo que esta especie de consejo también es aplicable a la serie de condicionamientos externos a los que están expuestas las universidades de todo el mundo en la actualidad.

Los autores de los ensayos que conforman la obra no constituyen un grupo compacto y hegemónico. Algunos evalúan la situación como lo mejor que nos ha podido suceder en la historia de la humanidad, por decirlo con cierto aire de exageración. Otros, en cambio, no hacen una lectura tan positiva de la realidad, aunque sí entienden que la universidad debe responder a los desafíos planteados por una concepción axiológica que se autoimpuso desde fuera del ámbito propiamente universitario, lo cual significa *adaptarse al ambiente*, al más puro estilo darwiniano y spenceriano. Y un pequeño manojito de autores afirman la responsabilidad de la universidad de hoy por continuar en su rol de ir a la vanguardia de los cambios y de los desafíos mismos. Esto significa, en síntesis, adaptación, pero no perdiendo su tradicional independencia y autonomía, sobre todo en el campo ideológico. ¿Cambiar? Por supuesto: ya no hay lugar en el mundo para universidades obsoletas y rígidamente manejadas, pero no cambiar por cambiar, sino evaluando críticamente el significado, el sentido y la axiología que sustenta el trasfondo de cualquier cambio. Pongamos un ejemplo cualquiera: ¿Podemos afirmar fehacientemente —y en ocasiones esto presenta hasta un tinte profético por parte de ciertos autores, los gurúes que predicen el mañana— que un mundo cultural,

social, religiosa y económicamente globalizado, como es el que se avizora de acuerdo con la actual tendencia, nos ha de conducir inexorablemente a un futuro más equitativo y a un mayor bienestar?

Personalmente, si bien valoro en alto grado el contenido general de los ensayos en su nivel diagnóstico, y especialmente muchas de las propuestas positivas de algunos de los expertos, me quedo con el gran aporte que representa la totalidad del apéndice, la Declaración misma del Coloquio. Prácticamente creo que llegaría a firmar los nueve puntos finales que intenté resumir. No en vano las declaraciones de propósitos redactadas al final de los eventos suelen ser el producto de un balance de las opiniones particulares,

mediado por el debate, la crítica abierta, tolerante, respetuosa y constructiva del resto de los participantes; un pequeño escrito donde aparece el consenso inteligente con el sustrato emergente de lo mejor de cada participante de esta especie de mini comunidad de diálogo entre expertos. Claro que, a pesar de esta fuerte cuota final de optimismo generalizado, nos queda siempre como trasfondo la sensación del margen de idealismo expresado en el documento y un sabor de ausencia de una teleología de fondo que haya sido capaz de darle un sentido más realista a la “Declaración de Glion”, como así también a cada uno de los ensayos publicados en la obra aquí reseñada.